Differenz
Revista internacional de estudios heideggerianos y sus derivas contemporáneas

AÑO 1 NÚMERO 0: JULIO DE 2014. e-ISSN: 2386-4877 - DOI: 10.12795/Differenz.2014.i00.12

[pp. 117-121]

Mi camino hacia Heidegger

Ángel Xolocotzi

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (México)

Al hacer un recuento de los pasos que nos guiaron hacia lo que ahora hacemos, suelen aparecer elementos que en algún momento fueron pasados por alto, debido a una justificación racional posterior. Mi encuentro con la obra de Martin Heidegger es de ese tipo.

Un simple estudiante de filosofía en la universidad no alcanza a comprender la magnitud de una obra pensante y, mucho menos, de un autor contemporáneo, cuando el plan de estudios está diseñado de forma historiográfica. Esa fue mi experiencia en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Si al inicio de los estudios se mencionaba a algún autor del siglo XX, como Edmund Husserl o Martin Heidegger, la verdadera confrontación se postergaba con la justificación de que "se entenderán una vez que hayamos revisado toda la historia de la filosofía". Cuando por fin, después de varios semestres de revisión de autores de la tradición, apareció la obra de Heidegger, mi decepción no pudo ser mayor: por un lado no entendía la traducción de *Ser y tiempo* de José Gaos y, por otro lado, no veía la continuidad de problemáticas y vocabulario a la que estaba acostumbrado. Heidegger no le corregía la plana a sus antecesores, sino que parecía romper radicalmente con ellos. Esos dos motivos condujeron a que mi primer encuentro concluyera en un alejamiento de su obra y a que compartiera la parola que en esa época divulgaban algunos miembros del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM: "Heidegger no forma, sino deforma".

Mi interés en los últimos semestres de la carrera se centró en el psicoanálisis. Precisamente a partir de alguna referencia que Fernando Savater hacía a la voluntad y la contra-voluntad en Otto Rank, fue que decidí trabajar seriamente en los presupuestos filosóficos que ahí yacían. Ya que la obra de Rank no estaba traducida, organicé mi vida de tal modo que pudiese ir a Alemania para participar en un intercambio cultural y, al mismo tiempo, llevar a cabo mi investigación. Por "azares del destino", la organización de intercambio me encontró un lugar en Friburgo. Poco antes de viajar una amiga de la universidad me recordó que ahí habían estado tanto Husserl como Heidegger.

Efectivamente, en diversos ámbitos en los que mencionaba mis estudios filosóficos, se me recordaba que en esa ciudad había estado Heidegger, no sin aludir a su compromiso político, especialmente como rector bajo el régimen Nacionalsocialista. Para muchos alemanes de Friburgo, el nombre "Heidegger" se inserta en esa dimensión sin tener mayor idea de su obra. Es significativo que la ciudad cuente con una calle que lleva el nombre de "Edmund Husserl" y otra de "Edith Stein", pero no se encuentra la calle "Martin Heidegger". La relación de Heidegger con el nacionalsocialismo resonaba, pues, desde el inicio de mi estancia.

Sin embargo, me interesó más la posibilidad de entender su filosofía directamente en su idioma materno. Por ello, entré en contacto con el Prof. Dr. Friedrich-Wilhelm von Herrmann, ya que se decía que era "el mejor conocedor de Heidegger", además de haber sido su último asistente personal (1972-1976). Quizás una escena resuma el ambiente en ese momento: al esperar la "Sprechstunde" (hora de asesoría) del Prof. von Herrmann, entablé diálogo con dos estudiantes provenientes de Viena. Les externé mi asombro de que vinieran a Friburgo exclusivamente a estudiar. Les traté de decir que en mi caso, quizá el viaje hacia Alemania era necesario para aprender el idioma, o para reconocer las diferencias culturales; pero con Austria me parecía, ingenuamente, que no había gran diferencia ni necesidad de instalarse en esa ciudad. Los dos estudiantes sonrieron y uno de ellos simplemente me dijo lo siguiente: "Nos interesa estudiar a Heidegger y en Viena se dice que Heidegger vive, que todavía vive en Friburgo, pero que ahora se llama von Herrmann". Eso me hizo entender en dónde y con quién estaba a punto de dialogar.

Hablé con von Herrmann y le conté, nuevamente de forma ingenua, mis intereses filosóficos sobre el psicoanálisis. Él me escuchó pacientemente y al concluir me dijo: "Sr. Xolocotzi, le voy a recomendar tres cosas: lea *Ser y tiempo*, lea los *Seminarios de Zollikon* y asista a mi seminario. Después hablamos". Al salir de su oficina me dirigí a la librería y compré mi propio ejemplar de *Sein und Zeit*. Recuerdo que escogí una banca a las orillas del Dreisam, el río que atraviesa Friburgo, y ahí leía pausadamente el texto acabado de comprar. Eso fue como descubrir a un autor completamente nuevo que no tenía nada

que ver con lo que había "entendido" en la traducción al español, o con lo que me habían dicho en la universidad; incluso se alejaba de lo que hasta ese momento había leído sobre él.

Esas lecturas y los seminarios de von Herrmann lograron que Heidegger se mostrara como un pensador tan determinante, que mis intereses anteriores pasaron a segundo plano. Los *Seminarios de Zollikon* me hicieron ver las problemáticas de lo consciente e inconsciente de otra manera. Alcancé a detectar que quizás debería abordar las cuestiones de forma diferente. Tan grande fue mi entusiasmo por esos seminarios que, diez años después, publiqué su traducción al castellano: la primera edición (2007) en una editorial que lamentablemente no distribuía, la segunda edición (2013) con una editorial de seriedad reconocida (Herder).

Después de ese año determinante en Friburgo, mi regreso a México y a la filosofía fue diferente. La investigación se centró más bien en indagar sobre las "bases existenciarias del psicoanálisis", lo que en algún momento me acercó a Lacan, pero a la vez me alejó de Rank. Con ello yo ya había quedado prendado de la filosofía heideggeriana, de tal modo que escribí a von Herrmann con la intención de doctorarme con él. Me contestó que ya no aceptaba doctorandos porque se acercaba su jubilación; sin embargo, ya que me había conocido y dialogamos en varias ocasiones, haría una excepción.

De inmediato organicé nuevamente mi vida para la esperada estancia, aunque, ciertamente, no todo salió como hubiese esperado. La beca que solicité no me fue otorgada porque mi doctorado era directo, es decir, sin haber realizado estudios de maestría en México. En tal circunstancia se presentaba la posibilidad de quedarme en México, hacer una maestría y posteriormente ir a Alemania. Pero no sabía si von Herrmann me aceptaría en un momento posterior. Decidí vender mis muebles y libros, incluyendo aquella colección que en aquel momento consideraba mi gran joya: las obras completas de Freud de la editorial Amorrortu. Con ese dinero y con algunos ahorros en la bolsa, me dirigí a Friburgo para doctorarme. Después de inscribirme e iniciar oficialmente la estancia, mandé cartas a toda fundación posible con la intención de conseguir una beca. Finalmente y después de varios meses de búsqueda, el *Katholischer Akademischer Ausländer-Dienst* (KAAD) me otorgó el apoyo que me mantendría durante de cuatro años, y con el cual concluí en 2001 mi doctorado.

La investigación versó sobre un ámbito prácticamente desconocido por aquel entonces en torno a la obra de Heidegger: sus primeras lecciones en Friburgo y la apropiación de la fenomenología husserliana. Precisamente en el año en que inicié el doctorado, Ramón Rodríguez publicaba de modo pionero un libro fundamental sobre ese asunto:

"*La transformación hermenéutica de la fenomenología*". Más allá de algunos trabajos en inglés, como los de Sheehan, Kisiel o van Buren, o bien, en alemán, como los de Pöggeler, Imdahl o Merker, no había investigaciones especializadas al respecto.

Derivado de la tesis en alemán, publiqué en español dos libros (*Fenomenología de la vida fáctica* y *Subjetividad radical y comprensión afectiva*) y un buen número de artículos sobre la obra temprana de Heidegger. En la actualidad, el tema es algo que me sigue apasionando, sobre todo porque en ese ámbito se puede trabajar, tal como Husserl lo exigía, tomando en cuenta las pequeñas monedas y no los grandes billetes. Gracias a la continua publicación de las lecciones de Heidegger y Husserl, el seguimiento puntual que hace años emprendí, ahora me permite observar los matices, la gran cercanía y la crítica filosófica que existe entre estos filósofos. Sólo los que ignoran estos intercambios se mantienen en una ortodoxia sin alcance filosófico, y optan por descalificar a uno de los dos. El hecho de que los asistentes de Husserl y Heidegger, en primera y segunda línea, como Eugen Fink, Ludwig Landgrebe, Klaus Held y F.-W. von Herrmann, vean el diálogo más allá de una aparente polarización, me dio la confianza suficiente para llevar a cabo las interpretaciones que hice tanto en el proyecto doctorado, como en los trabajos posteriores.

A veinte años de mi descubrimiento "real" de la obra heideggeriana, viejos amigos me preguntan si acaso uno puede llegar a agotar la filosofía de Heidegger. A lo largo de estos años he intentado una y otra vez escabullirme por otros senderos; sin embargo, siempre encuentro nuevamente la radicalidad heideggeriana que me hace retornar. Lo apabullante de su obra quizás yace en ello: no en que haya tocado una amplia gama de "temas", sino en que su modo de filosofar hace ver todo de otra manera. Ya sea que uno se pregunte por el tiempo, por la historia, por el lenguaje, o incluso, por el cuerpo, Heidegger siempre da qué pensar.

Para mí, el hecho de regresar una y otra vez a las referencias heideggerianas ha sido mucho más enriquecedor que otros proyectos posibles. Precisamente porque su radicalidad es como un parteaguas en la tradición filosófica occidental, Heidegger nos obliga a enfrentarnos irremediablemente con la historia de la filosofía. Así es como este pensador alimenta mis lecturas, que van desde Anaximandro hasta Husserl. Si a ello le añadimos la magnitud de su obra escrita, la filosofía de Heidegger exige todavía muchos años de investigación. En ello se incluye, por supuesto, la relación entre su vida y su obra con la consecuente tematización de su relación con el nacionalsocialismo.

Queda mucho camino por andar. Y no sólo me refiero a los 13 volúmenes que faltan de publicarse en la *Gesamtausgabe* (Edición integral), sino a la asimilación de lo ya

publicado, y a los impulsos dados tanto para la filosofía contemporánea en general como para otros ámbitos del saber. Curiosamente, uno de estos "otros" ámbitos es el espacio iberoamericano, en el cual, el pensamiento heideggeriano ha tenido gran repercusión. De hecho, uno de los logros recientes que da muestra de ello, es la creación de la Sociedad Iberoamericana de Estudios Heideggerianos (SIEH), cuya meta es difundir e intercambiar las investigaciones que se hacen al respecto tanto en España como en América Latina.

Como a muchos colegas, la obra de Heidegger me ha cambiado la vida. Pese a las controversias y los ataques, las horas de lectura de su obra me permiten asegurar dos cosas: que Heidegger es un filósofo con todas sus letras y que su filosofía es un reto para el pensar. Sólo espero poder afirmar algún día lo que Jean Beaufret decía al final de su vida: "ya estoy comenzando a entender a Heidegger".